

Era Luis que traía la cena, con el mismo aparato que había traído el almuerzo.

Encendió dos bugías, corrió las pesadas cortinas de las ventanas y preparó la mesa con elegancia. Pero Chinela no tenía apéto, y rechazó desdenosamente con la mano el vaso de vino que Jacquemin le ofrecía.

Chinela se hallaba vencido. ¿Chinela rehusar el beber?

— Y ¿M. José? preguntó con voz medio ahogada.

— M. José, respondió Luis con la boca llena, hace lo que yo, está comiendo, así como la señora. Tenía el aire muy contento al volver de la embajada; yo creo que tu negocio marcha.

Esta noticia tan benévola hizo estremecerse á Chinela, que no pudo menos de llevar instintivamente su mano al pescuezo, por un movimiento involuntario.

Jacquemin recogió los platos, los cubiertos y los frascos vacíos, lo puso todo en la cesta y se preparaba á marcharse.

— Te ruego, le dijo Chinela con voz suplicante, que me envíes pronto á M. José.

Una voz vibrante y fresca se oyó al lado de la puerta, que decía:

— Aquí está, maese Chinela, ¿qué teneis que decirle?

Y José entró trayendo en la mano un gran pliego cubierto de sellos, entre los que Chinela, desde la primera mirada que dirigió á aquel papel, distinguió el del escudo de armas de Nápoles.

— Os pido mil perdones, continuó José con refinada urbanidad, por no haber podido acompañaros durante el día; pero os juro que no por eso he dejado de ocuparme de vos un solo instante. Habeis rehusado el darnos el mas pequeño informe, en lo que habeis hecho muy mal; pues bien, yo seré mas generoso que vos, dándoos noticias acerca de dos personas que habeis conocido mucho: la Monna Feretti, vuestra querida, y Thomaso Paz, vuestro amigo.

Chinela esperaba el golpe, y así no se mené; solo se puso un poco mas pálido.

— Es claro, dijo, que teneis mi vida en vuestras manos.

Por toda respuesta José no hizo mas que inclinar la cabeza en señal de asentimiento, y luego añadió:

— Aquí está la demanda del cónsul de Nápoles pidiendo vuestra extradición, y la orden firmada por el ministro de Gracia y Justicia. Tengo la facultad ó de hacer uso de estos documentos, ó de arrojarlos al fuego.

— Entonces, dijo resueltamente Chinela, los arrojareis á la lumbre, porque teneis necesidad de mí.

José le miró con admiración, de arriba abajo.

— Sea enhorabuena, dijo, eso es hablar como se debe. Creo que al fin llegaremos á entendernos.

— El nombre que me preguntais, continuó Chinela, yo no lo sé, y si he fingido el saberlo es porque queria haceros cantar. Pero parece que soy yo el que *estoy en voz*, tanto peor para mí. Solamente, si vos teneis por vuestra parte algunos indicios, no teneis mas que procurarme el ver á ese hombre, aun en medio de una multitud, y os juro que lo

reconoceré: no tengo interés en engañaros, puesto que vos podeis perderme con una sola palabra.

— Teneis razon, dijo José; entonces, maese Chinela, empezad por decirnos de qué manera habeis conocido á la Pipione.

Y volviéndose hácia la puerta, gritó:

— Podeis entrar, Elena, que el hombre está tan suave como un guante.

El reló de la chimenea señalaba las nueve de la noche.

XXVII

LA APARICION.

El reló puesto en la chimenea del baron Matifay señalaba las nueve.

El banquero y el doctor Ozam se hallaban sentados delante de una mesa ricamente servida.

No había criados.

El doctor los había despedido, no sin gran sentimiento de Larose.

Gracias á los vinos generosos con que el médico llenaba las copas bien á menudo, el baron se hallaba algo alegre.

Solamente, cierto estremecimiento brusco que le hacia contraer su fisonomía de tiempo en tiempo, indicaba el pensamiento horrible que atravesaba por su imaginación, y entonces dirigía sus miradas al reló.

El médico lo advirtió, y alzando el globo de cristal que lo cubría, hizo parar la péndola.

Después volvió á sentarse á la mesa y á continuar la conversacion interrumpida.

El doctor era un hombre de mundo, como se dice, y sobre todo de grande ingenio, á pesar de ser un sábio.

Nada le era desconocido, y su interesante conversacion sobre cualquier materia iba y venia en una hora, con una facilidad maravillosa, del uno al otro polo de la ciencia.

Aquella noche M. Ozam se mostraba mas brillante que nunca, á pesar de no tener mas que un solo oyente, y un oyente que no le era simpático.

Pero trataba de hacerle olvidar la hora fatal.

Así, conforme se iba acercando esta hora, su verbosidad se hacia mas alegre y expansiva, y Matifay que, al principio no había hecho mas que aprobar con una pálida sonrisa las ingeniosas bromas del doctor, concluyó al fin por divertirse y tomar parte en ellas.

La comida, alargada expresamente, llegaba ya á su fin, y estaban despachando ya la tercera botella de Champaña. El doctor había fingido beber mucho, pero precaviéndose á sí mismo, había incitado á su enfermo á menudear las copas, pues contaba disipar sus temores de la aparición por medio de un achispamiento.

Ignoraba el abuso terrible que había hecho el baron de este medio en los últimos días anteriores.

La monomanía es una enfermedad muy extraña, y Walter Scott, en el libro á que hemos hecho alusion antes, la *Demonología*, cita muchos casos curiosos de aquella enfermedad.

Entre otros, el de un juez de Yorkshire, cuyo nombre no recordamos en este momento, en que no tenemos á la mano el libro para consultarlo.

Este juez había condenado á cierto malhechor acusado de brujería, y en seguida dicho juez había sido amenazado por el reputado hechicero.

Amenaza bien vana, puesto que, poco tiempo después, el pobre diablo fué buenamente ahogado, y el juez no volvió á pensar mas en él.

Pero, ¿qué fué lo que pasó en el cerebro del juez? y aquella amenaza que le había impresionado tan poco en un principio, ¿cómo se transformó en un hecho real? Hé ahí uno de los misterios que la medicina no ha llegado todavía á resolver.

Lo cierto es que al cabo de un año, día por día, de la ejecución del criminal, el juez vió entrar en su cuarto un gran gato negro que se instaló en él, sin querer salir nunca de allí.

Desde aquel momento, el animal horrible no se separó ni un instante del juez, siguiéndole por todas partes, así en la calle como en el tribunal, y en sus visitas.

Mientras el juez comía, el gato se frotaba contra sus piernas y lo acariciaba, y por la noche se acostaba sobre el plumazon á los pies de su cama.

En vano fué que el juez, mas animoso que Matifay, trató de asegurarse de la ilusion ó realidad de que era víctima: nunca pudo lograr tocar al gato, pues el animal evitaba el contacto de su mano dando un brinco tan pronto como aquella se le acercaba.

Habiendo consultado á los médicos mas afamados, estos le demostraron con razones y con pruebas materiales y precisas, la naturaleza puramente imaginaria de su mal, y aun él mismo estaba convencido de ello; pero no importaba, la pesadilla no desaparecía por eso, sino que cada día se hacia sentir mas y se hacia mas odiosa é insoportable, habiendo llegado las cosas á tal extremo, que el juez vino á morir de terror con aquel abominable compañero á su lado.

Pues ¡cuántos mas motivos de terror tenía Matifay que aquel pobre juez, atormentado solamente por un recuerdo, mientras que él lo estaba por los remordimientos!

¡Con cuánta mayor precision no debía representarsele ante sus ojos espantados la imagen vengadora!

Una palabra, una sola palabra dicha por casualidad, había bastado tal vez para hacer nacer la locura en el espíritu del juez; ¡pues con cuánta mayor facilidad no habría podido hacer nacer la aparición real que había tenido Matifay á la puerta del cuarto nupcial!

Las horas iban pasando, y el banquero se reía de todo corazón.

El buen humor de su compañero de mesa influía sobre

él, y el doctor esperaba ya que bastaría su sola presencia para hacer desaparecer la vision.

Con una sola interrupcion que hubiese del fenómeno de que era víctima su enfermo, bastaba para esperar que seria la curacion posible.

Desde el momento en que la experiencia le hubiese demostrado que todo no era mas que una ilusion, dejaria de temer al fantasma y aun hasta de verlo.

De repente el baron se estremeció, se puso lívido, y presntando el oido exclamó:

— ¿Oís, doctor?

M. Ozam escuchó con toda su atencion.

— No oigo nada, dijo.

Los ojos de Matifay estaban como clavados en la puerta de aquel corredor que tenía comunicacion con el cuarto de Cipriana, y por su frente y mejillas corrían gruesas gotas de sudor.

— Ya se acerca, dijo, ¡ya la voy á ver! mirad cómo se entreabre la puerta.

El doctor abrió sus ojos cuanto pudo, pero no vió que la puerta se abriese.

Se levantó y se fué hácia la puerta para tranquilizar á Matifay.

— Hé ahí, hé ahí que se ha abierto la puerta, exclamó este extendiendo los brazos hácia adelante como para rechazar la vision. ¡Ahí está! ¿no la veis, doctor?

— ¿En donde? preguntó el médico.

— A vuestra izquierda.

El doctor se volvió hácia aquel lado.

— Ahora está á la derecha.

— En verdad, dijo M. Ozam, que yo no veo nada absolutamente; y extendiendo los brazos, los agitó en el aire cortando el vacío con sus manos para que Matifay se asegurase completamente que no había nada en el espacio.

Hizo aun mas: agarró de la mano al baron, y lo obligó á hacer él mismo la experiencia.

Matifay se prestó á ello con visible repugnancia, pero no dejó por eso de ver el fantasma.

Decía que al quererlo coger se escapaba con una agilidad diabólica.

En fin, nadando en sudor, el desgraciado se dejó caer en un sillón y se cubrió el rostro con las manos.

Pero por entre sus manos veía adelantarse hácia él la espantosa forma, alzar su velo lentamente y mirarlo con ojos aterradores.

Después se le figuró que se alejaba lentamente, como de ordinario, haciéndose cada vez mas vaga y vaporosa, semejante á la niebla matutina que poco á poco van disipando los rayos del sol.

Y á medida que el fantasma se alejaba, Matifay se serenaba, respiraba mas libremente, y enjugando con su pañuelo la frente, trataba de sonreirse.

Aquella escena apenas había durado dos minutos, que habían sido dos siglos para él.

El doctor sacó su reló, y señalaba exactamente las doce en punto.

La hora precisa, la hora fatal.

Una de las señales características de la monomanía, es la regularidad matemática con que se reproducen semejantes fenómenos.

— Vamos, doctor, ¿y qué pensais de todo esto? preguntó el barón trémulo todavía por el miedo que acababa de pasar.

M. Ozam meneó la cabeza y respondió:

— Que habeis tardado mucho tiempo en avisarme, pero que no debemos perder toda esperanza. Solamente os debo advertir que para vuestra curacion, vos podeis hacer mas que yo. Id, venid, entrad, salid, agitaos. Pasad vuestras noches en el teatro y vuestros días en el afán de los negocios. En una palabra, tratad de olvidar.

— Trataré de hacerlo así, dijo Matifay con desaliento.

— Por el momento, acostaos y haced por dormiros, continuó el doctor. De aquí á mañana á la misma hora, nada tenéis que temer, puesto que el acceso es periódico. De aquí allá, trataremos de buscar un medio para que no se renueve, ó por lo menos para que no sea tan fuerte.

Y al pronunciar estas últimas palabras, M. Ozam fué á abrir la puerta que habia cerrado por dentro, y llamó á Larose, que no debía estar muy lejos, porque en seguida vino.

Pero la curiosidad del ayuda de cámara quedó tambien frustrada por esta vez, puesto que no encontró mas que los restos de una cena delicada en aquel cuarto cuya entrada le habian cerrado tan misteriosamente durante toda la noche, al doctor Ozam poniéndose su paletó de abrigo, y á su amo medio dormido al lado de la mesa.

En aquella misma hora de las doce, José y Elena recibian al fin las últimas confidencias de Chinela.

XXVIII

LA CONFESION DE CHINELA.

(CONTINUACION Y FIN.)

La relacion de Chinela estaba perfectamente de acuerdo con la de la Pippione, pero añadia pocos elementos nuevos á los que ya sabian José y madama Lamouroux.

La declaracion del titiritero no contenia, en definitiva, sino una indicacion seria y de alguna importancia.

Era que el hombre que en otro tiempo habia abandonado á la niña en Nápoles, se hallaba ahora en Paris.

Chinela lo habia encontrado un dia en la plaza de la Bolsa en el momento en que subia en su elegante carruaje. El italiano trató de seguirle, pero inútilmente, porque el carruaje, que iba á gran trote, al llegar al bulevar torció de camino en la esquina de la Chaussée-d'Antin, y Chinela lo perdió de vista.

Es verdad que el saltimbanqui hubiese podido dar mas señas exactas del viajero con quien habia hecho su odioso trato, pero las noticias orales son muy vagas por lo general, y aunque el hombre que describia Chinela se asemejaba mucho, por sus señas, á Matifay, su declaracion no podia dar lugar mas que á indecisiones, á presunciones y sospechas, pero no á una certidumbre completa.

Y como José lo habia dicho á Elena, no era una simple presuncion lo que se necesitaba, sino una real y positiva certeza.

Pareciale á la pobre mujer, ahora que habia nacido en su corazon la esperanza de volver á hallar á su hija verdadera, que las caricias de la Pippione le serian mucho mas dolorosas que dulces, mientras que conservase la mas ligera duda; porque ya no era una hija adoptiva que la casualidad le habia proporcionado, sino su verdadera, su propia hija.

¡Oh! no le era necesario para eso tener una prueba legal; ¿qué le importaba á ella la legalidad, á ella que no vivia ya en el mundo, que no tenia ni familia, ni clase entre los vivientes y ni aun siquiera un nombre?

Sola, sin parientes, sin herederos, tenia el derecho de enriquecer á quien quisiese sin tener que dar de ello cuenta á nadie, y de seguro nadie se presentaria para venir á litigar sobre la validez de sus últimas voluntades.

Pero de lo que necesitaba, y lo que ella pedia á Dios como única recompensa de tantos sufrimientos, de tanta abnegacion y de tamaños sacrificios, era una prueba moral bastante fuerte y clara para convencerse ella misma de que la Pippione era realmente su hija.

Era una certidumbre tal que no diese lugar á que entre ella y esta querida niña adoptiva llegase á levantarse algun día, como una sombra, el recuerdo de la otra, de aquella otra niña que ella no habia llegado á conocer nunca; fantasma querido al que no queria robar el lugar de ternura y cariño que le habia conservado siempre en su corazon de madre.

Que explique el que pueda estas anomalías que todos nosotros hemos experimentado, mas ó menos, cuando se ha hallado oprimido nuestro corazon por una grande ansiedad moral.

Para hacer nacer, por decirlo así, ó para hacer desvanecer como el humo esta certeza, Elena no tenia mas que alargar la mano, pero no se atrevia.

Se decia que, al fin y al cabo, aquella incertidumbre era mejor quizás, y que era preferible creer hasta la muerte que la Pippione era verdaderamente su hija, que exponerse, por medio de una prueba imprudente, á perder por segunda vez á su pobre Blanca.

El medio de llegar á saber la verdad era, sin embargo, bien fácil: no tenia mas que tratar de poner á Matifay cara á cara con Chinela, y ver si este lo reconocia.

No mostrándosele directamente y preguntándole: ¿Es ese? porque en este caso el italiano, por ganar su recompensa, de seguro diria que sí; sino haciéndosele buscar en medio de una muchedumbre y preguntándole: ¿Está ahí?

Si en este caso, Chinela, sin titubear designaba inmedia-



Madama Lamouroux le arrojó un puñado de oro sin tocarlo.

tamente al barón, la prueba era convincente, y entonces ¡qué alegría!

Pero si sucedia que llegase á titubear, ó que se equivocase, ó que no reconociese á nadie, entonces ¡qué dolor!

Elena habia padecido tanto, que titubeaba ante esta nueva ansiedad, y esa sola idea le hacia latir el corazon.

Sin embargo, el combate fué de corta duracion: como era animosa, se dijo á sí misma que era preciso no retroceder ante ningun sufrimiento, por grande que fuese, cuando se trataba de conquistar un gozo tan inmenso.

Chinela, despues de haber dicho cuanto sabia, se calló y estaba esperando.

Madama Lamouroux, que habia dejado á José dirigir el interrogatorio hasta este momento, tomando entonces la palabra, se dirigió á Chinela y le dijo:

— Hablemos ahora de vos. Las noticias que nos habeis

dado, por incompletas que sean, tienen su valor. ¿En cuánto las apreciáis?

Chinela no se atrevió á fijar una suma; temia ó pedir demasiado, ó muy poco.

Elena se dirigió á un cofrecito que estaba allí cerca, sacó de él un legajo de billetes de Banco y un puñado de luises de oro que colocó sobre la mesa.

Al verlos, los ojos de Chinela chispearon de alegría.

Madama Lamouroux le arrojó un puñado de oro sin tocarlo.

— Tomad esto por vuestras noticias, le dijo, y ahora hablemos.

Es claro que desde este dia me cedeis todos vuestros derechos, falsos ó verdaderos, sobre la Pippione. Yo podria disputar esos derechos, pero prefiero comprarlos: ¿cuánto quereis por esos derechos? ¿sabéis escribir?